

ECÚMENE, IMPERIO Y SOFÍSTICA

Oikoumene, Empire and Sophist

Juan Manuel CORTÉS COPETE
Universidad Pablo de Olavide
e-mail: juncorcop@upo.es

Fecha de aceptación definitiva: 24-09-2008

BIBLID [0213-2052(2008)26;131-148]

RESUMEN: La ecúmene es un concepto griego que las clases dirigentes romanas asumieron como explicación y proyecto de su propia acción imperial. No obstante, la voluntad de hacer coincidir los dominios de Roma con la tierra habitada se mostraba irrealizable. Las campañas de Trajano pretendieron conseguir la plena identidad entre Imperio y ecúmene. La conquista del Oriente supuso la reivindicación del legado de Alejandro, pero su fracaso obligó a Adriano y a las oligarquías griegas a redefinir su propia identidad. En aquel entonces se rechazó el legado del mundo helenístico y se eligió una identidad griega fundada en el pasado clásico. De esta forma se conseguía la identidad entre Imperio y cultura griega, a la que se la consideró la mejor parte de la ecúmene.

Palabras clave: Imperialismo, segunda Sofista, Guerra Pártica, Panhelenia.

ABSTRACT: Oikouméne was originally a Greek concept, later adopted by the Roman elites as a way to justify and even to design their imperialistic plans. However, the Roman wish to make the limits of empire coincide with those of the inhabited world seemed unattainable. Trajan's campaigns were indeed an attempt to identify empire and oikouméne. His conquest of the East was a way to vindicate Alexander's legacy. After its failure, Hadrian and the Greek elites were compelled to redefine their own identity. From then on, Hellenistic legacy was rejected and Greek identity came to base on the Classical past. This choice also made possible to identify empire and Greek culture, which was considered as the best part of oikouméne.

Key words: Imperialism, Second Sophistic, Parthian War, Panhellenia.

Hace ahora precisamente diez años que el profesor E. Gabba publicó un breve pero ingenioso ensayo titulado «L'invenzione greca della costituzione romana»¹. No es necesario un ejercicio de sagacidad para intuir que el texto trataba, fundamentalmente, de Polibio y de su sistematización del orden político romano. El historiador megapolitano tenía la necesidad de encontrar una explicación a los triunfos militares y políticos de Roma. Para Polibio, la razón última de la supremacía romana, y de su posible decadencia, se encontraba en la constitución, la *politeia*, romana. Por eso, tras la derrota de Cannas hizo una digresión, que ocupó todo el libro VI, para exponer con detalle el sistema político romano y dar así razón de la sorprendente victoria final de la ciudad del Lacio. Como es lógico, Polibio usó todo el cuadro filosófico y político griego para describir el orden institucional romano y su funcionamiento²; lo hizo de manera independiente a como los romanos mismos lo explicaban —si es que lo hacían de alguna forma—. Su efecto directo fue la «constitucionalización» de la *civitas* romana; es decir, su equiparación a las ciudades griegas, y a alguna no griega como Cartago, que habían sido consideradas modelos de la única organización digna de la condición humana³. Este hecho tuvo importantes consecuencias. Algunas, más o menos inmediatas, como la legitimación del dominio romano a los ojos de unos súbditos griegos que, hasta entonces, sólo podían considerar a la ciudad del Lacio como una ciudad bárbara, olvidada o desconocida incluso para Aristóteles. Otras, a más largo plazo. Tal es el hecho de que la «constitución romana» siga siendo hoy un asunto digno de estudio. Pero estoy seguro de que la explicación polibiana contribuyó también, quizás sólo en un plazo medio, a cambiar la actitud y la actividad política de los romanos, que tras las lecturas pertinentes comenzaron a ver y a comprender, y también a actuar sobre su propia realidad con los mismos conceptos griegos con los que había sido explicada.

Pero la constitución romana era para Polibio un instrumento intelectual útil para explicar el verdadero asunto de su obra: «El tema sobre el que intentamos tratar es un único hecho y un único espectáculo, es decir, cómo, cuándo y por qué todas las partes conocidas del mundo conocido han caído bajo la dominación romana» (POL., III 1, 4). Polibio consideraba que las consecuencias de este nuevo imperio no eran sólo geográficas sino también temporales, la historia se hacía universal: «A partir de este momento, la historia viene a ser un todo orgánico y los acontecimientos de Italia y Libia se entretajan con los que suceden en Asia y Grecia; la tendencia de todos ellos es converger a único fin» (POL., I 3, 4). Tal y como hemos visto que ocurría con la constitución romana, también en este asunto Polibio volvió a ofrecer conceptos explicativos que contribuyeron a transformar la realidad misma del imperialismo romano⁴. El historiador estaba interesado en descubrir los pasos que llevaron a la aristocracia

1. GABBA, E.: «L'invenzione greca della costituzione romana», *I Greci*, 2. *Una Storia Greca*, III. *Trasformazioni*. Turín, 1998, pp. 857-867.

2. WALBANK, F. W.: «Polybius and the Roman Constitution», *CQ* 37, 1943, pp. 73-89. VON FRITZ, K.: *The Theory of the Mixed Constitution in Antiquity. A Critical Analysis of Polybius' political ideas*, Nueva York, 1954. DÍAZ TEJERA, A.: «La constitución política en cuanto causa suprema en la historiografía de Polibio», *Habis*, 1, 1970, pp. 31-43.

3. Aunque no fuera muy citada, la idea de la condición natural de la polis y de su consideración como meta, τέλος, de las formas primeras de asociación son principios que conforman todo el pensamiento político grecorromano. ARIST.: *Pol.* 1252b, pp. 29-32. De ahí se deriva la condición de animal político del hombre: ARIST.: *Pol.* 1253a, pp. 7-8. VON FRITZ, K. y KAPP, E.: «The Development of Aristotle's Political Philosophy and the Concept of Nature», *Articles on Aristotle* 2, pp. 113-134.

4. Para todo el asunto: MUSTI, D.: *Polibio e l'imperialismo romano*. Nápoles, 1978. Véase también GABBA, E.: «Storiografía greca e imperialismo romano (III-I secolo a. C.)», *RSI*, 86, 1974, pp. 625-642.

romana a concebir un proyecto de dominio universal (ἡ τῶν ὅλων ἐπιβολή). La última fase del mismo creía reconocerla con facilidad: «Tras derrotar militarmente a los cartagineses llegaron a concebir el proyecto de dominar el universo» (III 2, 6). Frente a la conquista de Italia, que Polibio (I 5, 4-6) explica bajo la presunción de que los romanos la consideraban suya y por lo tanto tenían legítimo derecho a poseerla⁵, en su obra se van dando los pasos necesarios para el nacimiento de esa voluntad holística. Al menos, dos de estos estadios se reconocen con facilidad: tras la toma de Agrigento el Senado romano consideró que los objetivos iniciales de la guerra contra Cartago estaban obsoletos y que se podía proceder a la guerra total contra la potencia mediterránea (POL., I 20); antes de la batalla de Zama Escipión arregla a sus tropas haciéndoles ver que de ella dependía el dominio del mundo (POL., XV 10). Nosotros podríamos identificar un tercer estadio: la redacción de la obra polibiana, que proporcionó a la aristocracia romana, aunque posiblemente no a toda al mismo tiempo, una perspectiva universal, tanto en el tiempo como en el espacio, de su dominio.

Los caudillos romanos de fines del s. II y del s. I a. C. aceptaron la idea con sumo agrado, incluso aquellos que no pretendían protagonizar nuevos proyectos expansivos⁶. En el discurso con el que Tiberio Sempronio Graco defendió la necesidad de la reforma agraria que él había ideado, el tribuno llamó a sus conciudadanos κύριοι τῆς οἰκουμένης (PLUT., *Tib.* 9, 6). Y si la idea era útil para defender pretensiones tan problemáticas como la suya, es fácil comprender que Pompeyo, César y el propio Augusto la utilizaran hasta la extenuación, siempre que lo creyeron oportuno. Cuando en el año 61 Pompeyo celebró su último triunfo, uniendo en él todas sus victorias anteriores, hizo desfilar un monumento que representaba la ecúmene⁷. César mandó entronizar una estatua suya, cerca de la de Júpiter Capitolino, sobre una imagen de la ecúmene⁸. Y más allá de los problemas de interpretación que todavía suscitan las noticias anteriores, es el propio Augusto, de su puño y letra, quien afirmó el dominio universal romano⁹: *Rerum gestarum divi Augusti quibus orbem terrarum imperio populi Romani subiecit*. No resulta raro, por tanto, que toda la literatura apologética, especialmente en tiempos de Augusto, se hiciera eco de esta vocación universal y la convirtiera en asunto poético. Es un tema conocido. Un verso del gran Virgilio bastará: *imperium sine fine dedi* (*Aen.* I 278). Magistralmente, en apenas cuatro palabras, el poeta fue capaz de reunir la plenitud de los tiempos y la integridad espacial que se reconocen en las propias tesis polibianas sobre el dominio romano.

5. Es en el s. III, especialmente como producto del enfrentamiento con Pirro, cuando se impone Italia para designar a la península, consolidándose el sentido religioso de la *terra Italia*: CATALANO, P.: «Aspetti spaziali del sistema giuridico-religioso romano», *ANRW* II, 16, 1, Berlín, 1978, pp. 527-528 y 544-545.

6. NICOLET, Cl.: *L'inventaire du Monde*. París, 1988, pp. 41-68.

7. DIOD., XL 4. PLIN., NH VII pp. 97-98.

8. D. C., XLIII 14, 6. PICARD, G.: «Le monument de César Cosmocrator au Capitole», *Rev. Arch.*, 1973, pp. 261-272.

9. Las dificultades que presenta el prólogo de las *Res Gestae* para asegurar su autenticidad son tres: la utilización del término *Divus* para Augusto, la mención a su condición de copia del ejemplar romano y las discrepancias con el texto griego que, siendo una traducción fiel en la mayoría de los casos, silencia la mención al dominio universal. MOMMSEN, Th.: *Res gestae divi Augusti ex monumentis Anchirano et Apolloniensi*. Berlín, 1883, p. 2, consideró que el texto original terminaba con la palabra *fecit* y que la mención a su condición de copia se introdujo sólo en el texto provincial. La tesis de una autenticidad parcial la ha defendido KOSTER, S.: «Das präskript der Res Gestae Divi Augusti», *Historia* 27, 1978, pp. 241-246. En cualquier caso, habría que admitir una revisión del arquetipo a cargo de Tiberio.

No obstante, los conceptos del historiador eran más sutiles que los usos que les dieron los propagandistas romanos. Polibio supo distinguir entre el nacimiento del proyecto romano de dominio universal y la realidad misma del imperio. El primer elemento formaba parte de los motivos de las acciones de conquista, de la explicación que se daba a esas mismas conquistas y de la propaganda que se hacía de ellas. Era una realidad cognitiva y volitiva; expresaba un deseo, un afán de construcción de un Imperio total y servía para explicar cada una de las nuevas adquisiciones como un paso más de ese gran proyecto que él mismo había contribuido a enunciar. Pero Polibio sabía también que su plena realización estaba aún lejos y que, quizás, nunca se culminaría. «¿Puede haber algún hombre tan necio y negligente que no se interese en conocer cómo y por qué género de constitución política fueron derrotadas *casi todas regiones de la tierra habitada*, σχεδὸν ἅπαντα τὰ κατὰ τὴν οἰκουμένην, en cincuenta y tres años no cumplidos, y cayó bajo el único imperio de los romanos?» (POL., I 1, 5). «Por el contrario, los romanos, que han sometido a su obediencia, no algunas regiones, sino *casi toda la tierra habitada*, σχεδὸν δὲ πᾶσαν πεποιημένοι τὴν οἰκουμένην ὑπήκοον αὐτοῖς...» (Pol, I 2,7). El modesto adverbio σχεδὸν confiere a Polibio¹⁰ el carácter de historiador riguroso y no de mero panegirista de sus nuevos dueños.

La ecúmene es un concepto tan fundamental para el pensamiento geográfico griego, y por tanto antiguo, como volátil¹¹. Su etimología remite claramente al concepto de «tierra habitada», pero su auténtico sentido no se lo proporcionaba su condición de poblada sino otro factor fundamental. Estrabón, atento discípulo del megapolitano y compendio de los mejores saberes geográficos de su tiempo¹², propuso esta definición: «Llamamos ecúmene al mundo que habitamos y *que conocemos*, καλοῦμεν γὰρ οἰκουμένην ἣν οἰκοῦμεν καὶ γνωρίζομεν» (I 4, 6 C 65). Es este segundo verbo el que establece el verdadero carácter de la ecúmene. Así, en realidad, ésta no significaba otra cosa que el territorio del que se habían «apropiado», en expresión de Cl. Nicolet, los griegos; del territorio que habían aprehendido, en su acepción de «conocer y comprender». No era una idea política; era un concepto científico. Así, la ecúmene se reveló una realidad en permanente crecimiento, cuyos límites se iban alejando. Primero, Alejandro, que abrió al conocimiento griego los inmensos territorios del Oriente; ahora, Roma, que con su expansión por el Occidente parecía encontrar uno de sus verdaderos límites: la mar Océano. Polibio sabía, por tanto, que el dominio romano no coincidía con toda la tierra habitada y conocida y que ésta, a pesar de los esfuerzos por delimitarla, aún podría crecer más¹³. Existía un foso, más profundo de lo que se estaba dispuesto a admitir, entre el deseo, la *epibolé*, y la realidad del dominio romano. Un abismo expresado sólo por un «casi», σχεδὸν.

Esta brecha entre el deseo y la realidad no podía suturarse ni con el conocimiento científico ni con la acción política. Sólo la propaganda podía servir de bálsamo. La contradicción

10. NICOLET, Cl.: *L'inventaire du Monde*. París, 1988, pp. 43-44.

11. JANNI, P.: «Los límites del mundo entre el mito y la realidad: evolución de una imagen», *Los límites de la Tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*. Madrid, 1998, pp. 23-40. AUJAC, G.: «L'image du globe terrestre dans la Grèce ancienne», *Rev. Hist. des Sciences*, 1973, pp. 193-210. DILKE, O. A. W.: *Greek and Roman maps*. Londres, 1985.

12. DUECK, D.: *Strabo of Amasia*. Londres, 2000, pp. 40-45, 107-115.

13. POL., III 59, donde explícitamente se hace mención a la ampliación de la ecúmene por la acción de Alejandro y Roma y la necesidad de mejorar el conocimiento de la misma. La idea reaparece en Estrabón (I 2, 1, C 14 y XI 6, 4, C 508), donde los partos han sustituido a Alejandro. PRONTERA, F.: «La Geografía de Polibio: tradición e innovación», *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*. Málaga, 2003, pp. 141-149.

se hizo evidente en la fundación del régimen imperial, ya con el propio Augusto. Aunque Polibio era consciente de la posibilidad, en verdad de algo más que la posibilidad, de que la constitución romana acabara sufriendo una crisis parecida a la de las demás ciudades¹⁴, estuvo convencido durante algún tiempo de que la estructura política romana era capaz de sostener el dominio universal. Pero quienes, un siglo más tarde, vieron las consecuencias nefastas de las guerras civiles romanas no podían mantener el optimismo que en su momento alimentó el megapolitano con respecto a la supervivencia de la constitución bajo los efectos de las conquistas.

Aristóteles había intuido alguna de las sendas del futuro que los griegos habrían de vivir. La organización de poderes supraciudadanos sobre amplias extensiones geográficas habría de dar paso a nuevas formas de gobierno en manos de hombres providenciales¹⁵. Esa posibilidad, contraria a la misma finalidad de su análisis político, fue recuperada como explicación de la mutación de régimen en Roma. La idea era novedosa en su aplicación. La constitución de un dominio que se pretendía universal anulaba las posibilidades del gobierno constitucional, ni siquiera, de la constitución mixta y equilibrada de la que Roma había hecho gala. Pero el parto de nuevo sistema, todo el mundo lo sabía, no había sido nada fácil. Así lo dice Estrabón, dando muestras de ingenio extraordinario: «χαλεπὸν δὲ ἄλλως διοικεῖν τὴν τηλικαύτην ἡγεμονίαν ἢ εἰνὶ ἐπιτρέψαντας ὡς πατρί. Era difícil ciertamente gobernar un imperio tan grande salvo que se le encargara a una sola persona como si fuera a un padre» (ESTRAB., VI 4, 2; C 288). El Imperio había impuesto al emperador. La sintonía entre el enunciado del geógrafo y la configuración del poder de Augusto era perfecta. De hecho, el fundador del nuevo régimen consideró que la concesión del título de *Pater Patriae* era el cenit de su poder¹⁶. Tras algo más de un siglo, Elio Aristides, en su panegírico a la ciudad, recuperaba la idea con entusiasmo y la ampliaba con toda la potencia de su arte retórico:

Ciertamente, el arte del gobierno, que se había escapado con anterioridad a todos los hombres, por así decirlo, fue reservado para vosotros solos, para que lo descubrierais y lo pusierais en práctica. Y no es maravilla. Pues como en otras actividades, las respectivas artes surgen vinculadas con los materiales. Así cuando el mayor imperio y el poder superior se constituyeron, entonces, sobre esta circunstancia también el arte se compuso e introdujo a la vez; y ambos se fortalecieron mutuamente (XXVI 58)¹⁷.

No obstante, la mejor forma de gobierno para un dominio territorial de vocación universal tampoco fue capaz de anular la contradicción entre la realidad conocida y el territorio sometido. La contradicción se hizo especialmente evidente en el mismo momento de la muerte de Augusto. Cuando se procedió a leer su testamento y los demás documentos anexos, se

14. POL., VI 18. DÍAZ TEJERA, A.: «Análisis del libro VI de las Historias de Polibio respecto a la concepción cíclica de las Constituciones», *Habis*, 6, 1975, pp. 23-34.

15. AR., *Pol.* 1326a.

16. NICOLET, Cl.: «L'empire romain: espace, temps et politique», *Ktema*, 8, 1983, pp. 163-173. *Res Gestae* XXXV. Este último capítulo donde se recuerda la concesión del título de *Pater Patriae* constituye una suerte de clímax de la vida y obra de Augusto: GAGÉ, J.: *Res Gestae Divi Augusti*. París, 1977, pp. 13-16. D. C., LIII 18, 3. RAMAGE, E. S.: *The Nature and Purpose of Augustus' Res Gestae*. Stuttgart, 1987.

17. CORTÉS, J. M.: «A Roma de Elio Aristides, una historia griega para el Imperio», *Costruzione e uso del passato storico nella cultura antica*. Alessandria, 2007, pp. 411-433.

encontró el ya citado título de las *Res Gestae*, en la que se proclamaba el dominio universal. Y a la vez, aconsejaba a su sucesor, Tiberio, que no continuase aumentando los territorios sometidos a Roma con nuevas conquistas: el Imperio debía conservarse en los límites seguros que ya habían sido establecidos¹⁸. Detrás de estos contradictorios mensajes póstumos hay toda una larga vivencia de éxitos en la conquista, de acuerdos internacionales ventajosos y, últimamente, de fracasos militares, que son de sobra conocidos¹⁹. Pero a pesar de la belleza literaria de los poemas de la época, Augusto no fue capaz de conseguir la plena identidad entre el deseo, ἡ ἐπιβολή, y la realidad²⁰. De nuevo Estrabón sabía plasmar una realidad que era contraria a la majestad del Imperio que él mismo defendía:

La expansión de los imperios, tanto romano como parto, ha ofrecido a los geógrafos de hoy un considerable aumento de los conocimientos geográficos de carácter empírico, tal y como hicieron las campañas de Alejandro (I 2, 1, C 14).

La supremacía de los romanos y la de los partos ha proporcionado muchos más conocimientos geográficos que aquellos legados por la tradición (XI 6, 4, C 508).

Esta contradicción, como es evidente, se mantuvo durante toda la existencia del Imperio romano por la fuerza misma de los hechos, pero se agudizó periódicamente, cada vez que se iniciaba un nuevo ciclo de conquistas. Me interesa ahora detenerme en un caso particular, la campaña pártica de Trajano²¹. Durante aquella operación volvieron a enarbolarse eslóganes propagandísticos que anunciaban la terminación de la labor de Augusto; su fracaso marcó la acción política de los dos siguientes reinados y obligó a un giro ideológico de cierta trascendencia para la concepción misma del Imperio y de su relación con algunos de sus súbditos.

Desgraciadamente las causas de la Guerra Pártica forman parte de las conjeturas que los historiadores suelen hacer sobre los motivos y las «causas verdaderas» de las mayoría de las grandes acciones de la Antigüedad²². Las fuentes antiguas, Dion Casio principalmente, sólo recuerdan como razón fundamental el deseo de gloria del emperador (LXVIII 17, 1): «Tras esto realizó una campaña contra los armenios y los partos. La excusa era que el rey de los armenios no había recibido la corona de su mano, sino del rey de los partos, aunque la causa verdadera era su deseo de gloria»²³. El enfrentamiento con Partia exigía múltiples preparativos previos, algunos de ellos propiamente militares, otros logísticos y por último, pero no

18. Las fuentes discrepan sobre el número de documentos leídos, de cuatro a dos. D. C., LVI 33 y TÁC., An. I 11, 3-4 son los que recuerdan el consejo de no aumentar los límites del Imperio.

19. GRUEN, S.: «The Imperial Policy of Augustus», en RAAFLAUB, K. A. y TOHER, M.: *Between Republic and Empire*. Berkeley, 1990, pp. 395-416, donde se muestra que la política de contención fue sólo resultado de los fracasos militares que obligaron a renunciar a la expansión.

20. SCHEPENS, G.: «Between Utopianism and Hegemony. Some reflections on the limits of Political Ecu- menism in the Graeco-Roman World», *L'Ecumenismo politico nella coscienza dell'Occidente, II*. Roma, 1998, pp. 117-148. HIDALGO DE LA VEGA, M. J.: «Algunas reflexiones sobre los límites del oikoumene en el Imperio Romano», *Gerión*, 23, 2005, pp. 271-285.

21. PARIBENI, R.: *Optimus Princeps*. Mesina, 1927, pp. 278-303. LEPPER, F. A.: *Trajan's Partian War*. Oxford, 1948. MILLAR, F.: *The Roman Near East, 31 BC- AD 337*. Londres, 1993, pp. 90-99. BENNETT, J.: *Trajan*. Londres, 1997, pp. 183-204.

22. CIZEK, E.: *L'époque de Trajan. Circonstances politiques et problèmes idéologiques*. París, 1983, pp. 418-425.

23. Indicaciones sobre el deseo de gloria militar de Trajano: Eutro., VIII 4 y 6, 2. En este último pasaje se considera que Adriano abandonó las conquistas orientales por envidia a las glorias de Trajano.

menos importantes, propagandísticos. Era necesario, puesto que la guerra se iba a realizar desde las bases situadas en la parte oriental del Imperio y las principales líneas de comunicación, abastecimiento y refuerzo cruzaban la parte griega, generar entre aquellos súbditos un clima de aprobación con el que mostraran su beneplácito y apoyaran decididamente, a veces con sus propios patrimonios, la guerra que se iniciaba. Esta preparación, tan necesaria desde el punto de vista militar en cualquier otra parte del Imperio en la que se emprendiera una guerra de esta importancia, poseía algunas peculiaridades nacidas del desarrollo histórico de la conquista previa, de la más cercana historia de las guerras civiles y, sobre todo, de la preexistencia de una identidad cultural, con vocación de política, que trascendía los límites de la dominación romana: la cultura griega.

Es cierto que se acostumbra a considerar que existe, para los primeros siglos de nuestra era, una ecuación casi exacta entre Imperio romano y cultura griega; en absoluto era así. El siglo I a.C. Mitrídates del Ponto ya supo utilizar el filohelenismo del que hacía gala como un arma importante contra Roma, consiguiendo la alianza de no pocas ciudades griegas que creyeron ver en él un libertador frente al bárbaro romano. Livio, igualmente, advertía contra los *levissimi ex Graecis* que equiparaban el reino parto a Roma y señalaban de la incapacidad de Roma para igualar la gloria de Alejandro²⁴. Este debate propagandístico se apoyaba en algunas realidades. La primera de ellas era una verdad obvia: la cultura griega se extendía, gracias a la labor de Alejandro y de sus diversos sucesores, más allá del Eufrates. Al otro lado del río se encontraban decenas de ciudades que, fundadas tras la muerte del conquistador, podían reclamar su plena identidad griega²⁵. Tanto sus instituciones, sus prácticas culturales así como sus colonos originarios eran griegos, o macedonios asimilados con estos, y compartían con sus hermanos más occidentales una intensa vida en común. Los atletas del Oriente participaban en los concursos mediterráneos, los intelectuales de las ciudades bajo dominio parto participaron, si no se anticiparon, de la misma moda aticista que dominó en las ciudades grecorromanas, el teatro y el gimnasio continuaron en ambas vertientes como instituciones fundamentales de la helenidad, los dioses eran compartidos, los comerciantes mantuvieron vivas relaciones²⁶. En segundo lugar, los reyes partos asumieron la defensa del helenismo. Se proclamaron filohelenos, mantuvieron las ciudades griegas con sus propias instituciones, incorporaron la lengua griega a su propia administración y reclamaron para sí el legado de Alejandro y la voluntad de seguir expandiendo sus dominios hasta hacerlos coincidir con los de aquel e, incluso, llevarlos aún más allá²⁷.

24. LIV., IX 18, 6. DEININGER, J.: *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland 217-86 v. Chr.* Berlín, 1971. SORDI, M.: «Timagene di Alessandria: un storico ellenocentrico e filobarbaro», *ANRW* II 30, 1, Berlín, 1982, pp. 775-797. BRACCESI, L.: *L'Alessandro occidentale*. Roma, 2006, pp. 199-225.

25. La colonización greco-macedonia en Oriente: BRIANT, P.: «Colonisation hellénistique et populations indigènes», *Klio* 60, 1978, pp. 57-92; 64, 1982, pp. 83-98. Sigue siendo obra fundamental para el helenismo más oriental: TARN, W. W.: *The Greeks in Bactria and India*. Cambridge, 1966.

26. Algunos testimonios bastarán: *Inscrizioni dello estremo oriente greco* (IK 64), a cura di F. Canali De Rossi. Bonn, 2004, n.º 112 (ofrenda de la escena del teatro en Babilonia, s. I-II d. C.); n.º 33 (altar a Febo Apolo, en Osroene), n.º 66 (estatua de Hércules en Nínive); n.º 83, pp. 88-96 (epígrafes relacionados con la actividad caravanera entre lugares de ambos reinos); n.º 78 (un citarista de Seleucia del Tigris queda segundo en el concurso de Asclepio en Cos); n.º 107 (lista de efebos de babilonia, s. I a. C.). Para la evolución del griego al otro lado del Éufrates: CASSIO, A. C.: «La lingua greca como lingua universale», *I Greci*, 2. *Una storia greca*, III. *Trasformazioni*. Turín, 1998, pp. 1.009-1.012.

27. El filohelenismo de los reyes partos: IK 69, n.º 106-107. Ésta fue una tradición que los persas sasánidas mantuvieron y potenciaron: BRACCESI, L.: *L'Alessandro occidentale*. Roma, 2006, pp. 190-198.

Es lógico pensar, por tanto, que cualquier campaña en Oriente que superase las escaramuzas fronterizas o la amenazas ritualizadas debía asegurar el traspás griego del Imperio romano. Para esta meta el camino más directo y sencillo era presentar la acción militar romana como continuación y culminación, en su caso, de una pretendida historia griega inconclusa por los avatares del destino. Para Trajano, embarcado en una política de fortalecimiento del poder imperial y de acrecentamiento de los rasgos autocráticos, la senda más sencilla era la de Alejandro²⁸. Es cierto que, de nuevo, la escasez de fuentes debilita el argumento pero los indicios, aunque pocos, son elocuentes. La misma atribución de la guerra al deseo de gloria del emperador habla a las claras de la voluntad de imitación y superación del rey macedonio. Si algunas otras anécdotas transmitidas por Dion Casio son ciertas, la identificación de Trajano con Alejandro fue acrecentándose conforme sus victorias le permitían penetrar más y más en el reino parto. Así, para Dion hubo una cierta voluntad de seguir la ruta de Alejandro; la contemplación del Golfo Pérsico habría sido la ocasión para la melancolía, ante la oportunidad perdida, a causa de su edad, para alcanzar la India. Pero Trajano tuvo a bien comunicar al Senado la superación del conquistador griego: había llegado más lejos que él²⁹. No obstante el historiador terminó con una nota crítica que los igualaba a ambos en el infortunio: «aunque no fue capaz de conservar cuanto había conquistado»³⁰. Dentro del mismo grupo de acciones se cuentan los sacrificios ofrecidos en la casa donde murió Alejandro, en Babilonia, que si pudo identificarse con tanta claridad se debió a que los partos la habían conservado con reverencia.

La reacción de los súbditos ante estas noticias no está bien documentada. Sorprende, en primer lugar, que el número de monumentos levantados en honor al emperador en la ciudad de Atenas sea tan escaso, apenas dos inscripciones recogidas en la segunda edición de las *Inscriptiones Graecae*³¹. Pero una de ellas, sin duda relacionada con la guerra pártica, le atribuye el epíteto de ἀνείκτων, «invicto», uno de los mejores títulos de Alejandro³². En cambio, parece que en Roma las noticias no fueron tan bien recibidas. El Senado romano no reaccionó bien ante los informes que anunciaban la llegada del emperador al fin de la ecúmene y el sometimiento de pueblos jamás oídos en las riberas del Tíber. De nuevo es Dion quien habla (LXVIII 29, 2-3): «Y por esto, entre otros honores, también recibió el de celebrar triunfo sobre tantos pueblos como quisiera. Los senadores no eran capaces de conseguir información segura sobre aquella multitud de pueblos de la que les escribía, como tampoco de pronunciar sus nombres correctamente». Detrás del elogio parece oírse resonar un resabio de crítica ante una hazaña militar tan desmesurada como incomprensible. Y aunque el honor pudiera recordar al triunfo de Pompeyo o a las *Res Gestae* de Augusto, la renuncia al control formal sobre el honor del triunfo creo que sólo puede ser entendida como repudio a una ambición desmedida que sobrepasaba todos los límites.

Si la inclinación personal del emperador le conducía a presentarse como un nuevo Alejandro, a pesar de los peligros de dicha ecuación, él o sus propagandistas no rechazaron el otro episodio principal de la historia del enfrentamiento entre Oriente y Occidente, las

28. CIZEK, E.: *L'époque de Trajan*. París, 1983, pp. 385-401.

29. D. C., LXVIII 26, 4; 29, 1; 30, 1.

30. Ésta es la misma valoración que Aristides hace de los logros del conquistador macedonio: ARIST., XXVI 24-25.

31. *IG* II² 3284-5.

32. *IG* II² 3284, l. 3. PLUT., *Alex.* XIV.

Guerras Médicas³³. Éstas se presentaban, sin duda, como un instrumento más útil para engarzar con los intereses de las aristocracias griegas, tanto porque se ubicaban en el período histórico de referencia en aquel momento, los ss. V y IV a. C., como porque eliminaba todas las dificultades de la interpretación antirromana del legado del macedonio. Es cierto que las Guerras Médicas podían tener también una lectura contraria a la dominación romana pero las oligarquías griegas hacían considerables esfuerzos por restringirlas a las ficciones escolares³⁴. Además, las Guerras Médicas ya habían sido puestas en valor como referencia frente al parto por Augusto. En el año 2 a. C., antes de que su hijo, nacido nieto, Gayo, marchara a las provincias orientales, el emperador organizó en el Campo de Marte una batalla naval en la que volvieron a enfrentarse persas y griegos. De nuevo, como presagio favorable, la victoria fue para estos últimos³⁵. Y cuando las clases dominantes de la deprimida provincia de Acaya descubrieron que poseían un pasado útil para la construcción ideológica del Imperio, supieron aprovechar su ventaja y convertirse en una provincia más importante de lo que su posición estratégica, el valor de sus hombres y la contribución material al Imperio permitían sospechar³⁶. Cuando Claudio Novio decidió dedicar en la fachada oriental del Partenón, sobre los escudos que había donado Alejandro, una inscripción honorífica a Nerón durante los años de las campañas de Corbulón en Armenia, se estaba terminando de diseñar un nuevo símbolo de la asunción por Roma de los ideales históricos griegos³⁷.

Hay claros indicios de que el mito de las Guerras Médicas se utilizó para apoyar la campaña pártica. No entraba en contradicción con el recurso a Alejandro; más bien lo reforzaba y completaba puesto que también a éste se le podía atribuir la voluntad de completar, siguiendo a Isócrates, lo que la generación de Pericles no pudo terminar. Cuando ya se preparaba la guerra, el joven Adriano, camino de Siria, desde donde partirían los ejércitos, vivió en Atenas durante tiempo suficiente como para recibir la ciudadanía y alcanzar el arcontado³⁸. Es cierto que todavía estaba lejos la sucesión y que el emperador no se había pronunciado aún sobre el beneficiario de tamaña responsabilidad, pero era evidente que el vínculo entre Atenas y Trajano se reforzaba con la presencia en la ciudad de su sobrino. El valor simbólico de la ciudad explicaría el hecho de que el emperador la visitara también en su ruta hacia el Oriente (podría haber cruzado por Corinto sin haber recalado en el Ática) y, lo que es más importante, de que fuera la ciudad elegida para recibir la delegación parta que pretendía apaciguarlo³⁹. Ya en Siria, Adriano fue despachado al templo de Zeus Helipolitano en Baalbek

33. Contra esta idea se manifestó, aunque creo que sin razón, SPAWFORTH, A.: «Symbol of Unity? The Persian Wars Tradition in the Roman Empire», en HORNBLOWER, S. (ed.): *Greek Historiography*. Oxford, 1994, pp. 242-243.

34. GASCÓ, E.: «Maratón, Eurimedonte y Platea: un comentario a Plutarco, *Precepta gerendae* reipublicae 814 AC», *Estudios sobre Plutarco: Obra y tradición*. Málaga, 1990, pp. 211-215.

35. *Res Gestae* XXIII. D. C., LV 10, 7. OVID., *Ars amat*. I 171-2. NICOLET, CL.: *L'inventaire du Monde*. París, 1988, pp. 59-68.

36. CORTÉS, J. M.: «Acaya, la construcción de una provincia», *Laudes provinciarum. Retórica y política en la representación del Imperio Romano*. Vitoria, 2007, pp. 105-134.

37. CARROLL, K.: *The Partenón Inscription*. Durham, 1982. SPAWFORTH, A.: «Symbol of Unity? The Persian Wars Tradition in the Roman Empire», en HORNBLOWER, S. (ed.): *Greek Historiography*. Oxford, 1994, pp. 234-237.

38. *IG II² 3286*. BIRLEY, A.: *Hadrian*. Londres, 1997, pp. 58-65.

39. D. C., LXVIII17, pp. 2-3.

para hacer ofrendas propiciatorias en nombre del emperador. En la *Antología Griega* se ha conservado el epigrama de la dedicatoria (VI 332):

Ζηνὶ τόδ' Αἰνεάδης Κασίω Τραϊανὸς ἄγαλμα,
κοίρανος ἀνθρώπων κοίρανῳ ἀθανάτων,
ἄνθετο ...
ἀλλὰ σύοι καὶ τήνδε, Κελαινεφές, ἐγγυάλιζον
κρῆναι ἐκλειῶς δῆριν Ἀχαιμενίην,
ᾧφρα τοι εἰσορόωντι διάνδιχα θυμὸν ἰαίνη
δοῖά, τὰ μὲν Γετέων σκύλα, τὰ δ' Ἄρσακιδέων.

«¡Señor de la tormenta, otórgale que pueda terminar con gloria esta guerra aqueménida!» Los nuevos aqueménidas no eran otros que los Arasácidas, la casa reinante en Partia, como se lee en el último verso. Ciertamente la victoria sobre los aqueménidas podría atribuirse tanto a los griegos del s. V como a Alejandro. La lectura podría ser ambigua, aunque mejor habría que considerarla extraordinariamente rica en significados: la liga helénica, Alejandro y, ahora, Trajano, emperador de Roma, el descendiente de Eneas, el «Señor de los hombres».

Pero la prueba más clara de la asociación entre Trajano y las Guerras Médicas la ofreció, hace más de sesenta años, A. E. Raubitschek, cuando identificó tres inscripciones fragmentarias de Atenas como partes de un solo monumento de la Acrópolis⁴⁰. El texto restituído se lee así:

[Αὐτ]οκρά[τορα Κ]αίσαρα
[Θεο]ῦ Τρα[ι]ανοῦ Παρθικοῦ
[Διὸς] Ἐλευθερί[ου] υἱὸν
[θεοῦ] Νέρουα Ἰ[ω]νὸν Τρα
[ιανὸν] Ἀδριανὸν Σεβαστ[ὸν].

El monumento era un pedestal de una estatua de Adriano, hoy perdida, que podría corresponder a la que se colocó dentro del Partenón (PAUS., I 24, 7), única imagen dentro del edificio si se exceptúa la de la diosa. En otro lugar de la ciudad, en la estoa real, volvía aparecer asociado Adriano a Zeus Eleuterio, con estatuas contiguas y diferentes, según las noticias del Periegeta⁴¹. La reconstrucción de la inscripción es determinante puesto que establece a las claras la identificación de Trajano con Zeus Eleuterio, el dios de la victoria frente a los persas y ofrece la clave para comprender la asociación entre las Guerras Médicas, Alejandro y la nueva campaña militar romana: uno de sus principales objetivos, al menos dentro del campo de la propaganda, era la liberación de los griegos que vivían bajo el dominio del rey parto⁴². Sin duda, cualquier intento de consolidación del dominio romano sobre los territorios

40. RAUBITSCHKE, A. E.: «Hadrian as the Son of Zeus Eleutherios», *AJA* 49, 1945, pp. 128-133.

41. PAUS., I 3, 2.

42. Es en esta línea de pensamiento que adquiere sentido la recuperación de una noticia ofrecida por HERÓDOTO, VI 119: la existencia de una comunidad griega en Arderica, en Cisia, cerca de Susa. Eran los supuestos descendientes de los eretrios capturados por los persas (HERÓD., VI 31). Aunque la noticia más extensa de época

enemigos exigiría aprovechar las ciudades griegas, a las que sería necesario atraer, para facilitar la administración y el control del país y de sus gentes. De esta forma se comprende que, durante el reinado de Trajano, se acelerase el nacimiento de lo que, siguiendo a Filóstrato, ha venido en denominarse Segunda Sofística⁴³. Este movimiento podríamos considerarlo como la versión romana del helenismo; es decir, la versión que habría de permitir la identificación plena de la cultura griega con el Imperio romano.

De esta forma, podría concluirse que Trajano, con independencia de cuáles fueran sus razones reales, había organizado un proyecto ideológico que, completando la obra de Augusto⁴⁴, pretendía establecer la plena identidad entre la ecúmene, entendida como el territorio conocido y habitado por los griegos, y el Imperio. Para hacerlo, necesitaba fortalecer la alianza entre helenismo, un helenismo que incluía la herencia de Alejandro, y Roma. En esta empresa contó con el apoyo decidido de las oligarquías griegas que se vieron aupadas a nuevas cotas de influencia y, en algunos casos, poder. Además, aprovechó la devoción ancestral por el Hércules Gaditano para, tras identificarlo con la divinidad protectora de la monarquía, reclamar su herencia territorial⁴⁵. Pero fracasó.

Aunque los autores antiguos sienten cierta predilección por la rivalidad personal como causa de las decisiones políticas, no parece suficiente explicación para la renuncia a la guerra en Oriente y las inciertas ventajas que pudieran derivarse de ella la envidia de Adriano hacia su predecesor⁴⁶. Si el nuevo emperador renunció a una nueva campaña militar, lo hizo por argumentos más poderosos que cierta debilidad moral. No cabe duda de que la rebelión judía, a ambos lados del Eufrates, fue un factor determinante. Y el hecho de que a ella se unieran las ciudades griegas recién conquistadas no debió pesar menos⁴⁷. Por qué unos griegos a los que se les anunciaba la reunificación del legado de Alejandro preferían alinearse con el rey parto, pretendidamente un rey bárbaro, es un misterio. No obstante, alguna razón puede esgrimirse. El Imperio romano en los territorios que conquistaba imponía su administración,

imperial se encuentra en FILOSTR., V. A. I 23-24, no son pocos los elementos que hacen sospechar de ella. No obstante, la mención del sofista Escopeliano que introduce Filóstrato se debe, probablemente, al hecho de que él pudo haber compuesto una declamación sobre este asunto durante el reinado de Trajano. La maestría de Escopeliano en el manejo de los temas relacionados con las Guerras Médicas era proverbial: FILOSTR., V. S. pp. 519-520. PENELLA, R. J.: «Scopelianus and the Eretrians in Cissia», *Atheaneum*, 52, 1974, pp. 295-300. GROSSO, E.: «Gli Eretriosi deportati in Persia», *RFIC*, 36, 1958, pp. 350-375.

43. De la enorme bibliografía hoy disponible sobre el asunto citaré la obra fundacional y el mejor compendio reciente. BOWERSOCK, G.: *Greek Sophists in the Roman Empire*. Oxford, 1969. SWAIN, S.: *Hellenism and Empire*. Oxford, 1996. También, DESIDERI, P.: «Ellenismo imperiale (I-II sec. d. C.)», *SHHA*, 19, 2001, pp. 165-188. Una perspectiva general: PLÁCIDO, D.: «El mundo griego en época de Trajano», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J. M.: *Traiano*. Madrid, 2003, pp. 139-171.

44. La continuidad del proyecto de Alejandro y de Augusto no sólo conllevaba la conquista del Oriente. También la conquista del norte de Europa, buscando el Océano, formaba parte de esa idea; y así habría que interpretar también, aunque no sólo, la conquista de la Dacia. BRACCESI, L.: *Alessandro e la Germania, Riflessioni sulla geografia romana di conquista*. Roma, 1991.

45. Durante los preparativos de la campaña pártica aumentaron las acuñaciones en las que aparecía Hércules. CIZEK, E.: *L'époque de Trajan*. París, 1983, p. 415. BEAJEAU, J.: *La religion romaine à l'apogée de l'empire*. París, 1955, pp. 80-87. Años más tarde, en 165, Aristides consideraba que Heracles había alcanzado los límites del mundo para ofrecérselo a los griegos y que ellos habitaran la tierra como propia (XL, 9).

46. EUTROPIO, VIII 6, 2.

47. HA, Hadr. 5, 2. PUCCI, M.: *La rivolta hebraica al tempo di Traiano*. Pisa, 1981.

lo que suponía, en esencia, dos acciones: «enviaban gobernadores y recaudadores de impuestos, πέμπουσιν ἡγεμόνας καὶ φορολόγους» (ESTRAB., XVII 3, 24, C 839). Y aunque ésta era una visión de la primera década del s. I d. C., nada había cambiado más de cien años después. Aristides, cuando comparaba la acción de gobierno de Alejandro y la de Roma se preguntaba: «¿Qué clase de contribuciones permanentes, συντάξεις διηνεκεῖς, de dineros, soldados o barcos creó? ¿Con qué clase de administración estable, συνέθει διοικήσει, una administración que procediera automáticamente y en períodos preestablecidos de tiempo, condujo sus asuntos?» (XXVI 26)⁴⁸. Ambos, los gobernadores y los recaudadores seguían muy de cerca al invicto emperador en su avance hasta el Océano. La consecuencia fue la sublevación. Dion Casio (LXVIII 28, 4) habla de la excepción: «Atémbalo, el gobernante de la isla del Tigris, permaneció fiel a Trajano incluso tras recibir la orden de pagar tributo». Los griegos del otro lado del Eufrates prefirieron el débil gobierno parto al férreo dominio romano. Y los romanos perdieron el respeto que habían mostrado hacia sus potenciales nuevos súbditos. Seleucia del Tigris, una ciudad «no afectada por la corrupción bárbara, *neque in barbarum corrupta*» (TÁC., VI 42), fue incendiada tras su segunda captura. Dura Europos fue saqueada. Hasta las puertas de bronce de sus templos fueron arrancadas y llevadas a territorio romano⁴⁹. La posibilidad de que Roma reconstruyera el dominio de Alejandro desaparecía. Media ecúmene se le escapaba entre los dedos.

Adriano, así, comenzó su reinado con pesado fardo del que debía deshacerse. En aquel legado de su antecesor estaban los generales que pretendían continuar la guerra, a los que asesinó, estaban también los territorios recién conquistados, a los que abandonó, y, por último, se encontraba la construcción ideológica y propagandística que se vio obligada a transformar radicalmente. Si en el asesinato de los cuatro consulares alegó ignorancia, para el abandono de las provincias prefirió recurrir a los más dignos precedentes romanos. El emperador se acogió a la protección de Catón y de su decisión de no anexionar Macedonia tras la victoria sobre Perseo. *Qui Macedones liberos pronuntiavit, quia tueri non poterant*⁵⁰. La idea parecía muy simple: los esfuerzos derivados de la acción militar para conservar a aquellas provincias habrían de superar los beneficios que éstas generaban poniendo, en verdad, en peligro la existencia misma del Imperio. Se anunciaba una guerra continua en diversos frentes dispersos difícil de ganar. Pero el emperador necesitaba precedentes más cercanos y más eficaces que el remoto rigorista republicano.

Las reformas, en todos los ámbitos del poder imperial que llevó a cabo, exigían presentarse como heredero e intérprete del propio fundador del nuevo régimen, de Augusto. Es evidente que Adriano desarrolló todo un programa de identificación con el primer emperador que concluyó con la eliminación de sus títulos y nombres imperiales, que se vieron reducidos, sólo, a los de Adriano Augusto⁵¹. Este acercamiento no sólo exigía modelar su propia actividad según los parámetros del primer emperador sino también la reinterpretación de la figura de éste. Reinterpretación o falsificación. Es difícil establecer los límites entre ambas acciones de la propaganda. Asidos a la disposición testamentaria de preservar los confines del

48. Sobre esta concepción magra del gobierno provincial: MILLAR, F.: «The Emperor, the Senate, and the Provinces», *JRS*, 56, 1966, pp. 156-166.

49. D. C., LXVIII 20, 2. Dura: ROSTOVITZEFF, M.: «Kaiser Traian und Dura», *Klio*, 31, 1938, pp. 285-292.

50. HA., *Hadr.* V 3. *ORF*³ fr. 162. HARRIS, W. V.: *Guerra e imperialismo en la Roma republicana, 327-70 a. C.* Madrid, 1979, pp. 141-143.

51. SYME, R.: *Tacitus*. Oxford, 1958, pp. 236-252. BIRLEY, A.: *Hadrian*. Londres, 1997, pp. 142-150.

Imperio, construyeron la imagen de un Augusto poco inclinado a la conquista y que, cuando guerreó, lo hizo forzado por las circunstancias. «Pues no llevó la guerra a ninguna nación sin causas justas y necesarias y estuvo tan lejos de la pasión por agrandar de cualquier modo el Imperio o su gloria militar, *tantumque a fuit a cupiditate quoquo modo imperium uel bellicam gloriam augendi*, que obligó a los jefes de algunos pueblos bárbaros a jurar en el templo de Marte Vengador que se mantendrían firmes en la palabra dada...» (Suet., *Aug.* 21, 2). En estos términos describía la acción del primer emperador quien era secretario, *ab epistulis*, de Adriano. Augusto se retrataba como un modelo distante del *Optimus Princeps*, ejemplo de conquistador⁵². Un Imperio contenido reflejaba mejor la esencia de ese nuevo orden que había nacido de la extensión del dominio romano. Es necesario señalar, no obstante, que no todos soportaron la superchería. Algunos, Tácito entre ellos, prefirieron ver en un emperador que había sido aupado al poder imperial por la esposa de su predecesor, que había comenzado su reinado con un crimen con el que se eliminó a sus rivales y que mantuvo una actitud pacífica frente a los enemigos, a un nuevo Tiberio⁵³. Pero esta visión crítica, por muy exitosa que fuera entre la oligarquía romana, tenía pocas posibilidades de convertirse en una opción dominante. El nuevo emperador se convirtió, así, en el Nuevo Augusto.

Se recuperaron también argumentos de aquel tiempo. Estrabón los ofrecía. Aunque la ecúmene fuera la tierra habitada y conocida, el Imperio romano se extendía sobre la mejor parte de ella: «ἐπεὶ δ' οἱ Ῥωμαῖοι τὴν ἀρίστην αὐτῆς καὶ γνωριμωτάτην κατέξουσιν, ἅπαντα ἑς ὑπερβεβλημένοι τοὺς πρότερον ἡγεμόνας, ὧν μνήμην ἴσμεν, ἄξιον καὶ διὰ βραχέων καὶ τὰ τούτων εἰπεῖν. Puesto que los romanos poseen lo mejor y lo más notable de ella (de la ecúmene), superando a todos los que antes la han dominado y de los que tenemos recuerdo, es conveniente que se diga algo, aunque brevemente, sobre ellos» (XVII 3, 24, C 839). Aristides proporciona el mejor ejemplo de reutilización y desarrollo de la argumentación del de Amasia. El discurso *A Roma* (XXVI), como es bien sabido, fue compuesto en el año 142 y debe ser considerado por eso, aunque no sólo, reflejo directo de las políticas y de las propagandas de Adriano. En ese discurso se procedió a la comparación del Imperio romano con los reinos y hegemonías previas. La grandeza, μέγεθος (XXVI 15), era el primer término de una comparación cuyo saldo era netamente favorable a Roma. Ni siquiera Persia, el más grande los dominios sometidos a comparación, resistía la confrontación: «Vuestro imperio no lo ha sobrepasado por la distancia de un lanzamiento de disco o por la distancia que una saeta pueda alcanzar, sino por la mitad de toda la ecúmene, ἀλλὰ τῷ ἡμίσει παντὶ τῆς οἰκουμένης, y, además, por el mar» (XXVI 16). A lo largo de todo el discurso Aristides sostiene la identidad entre la ecúmene y el Imperio. La ciudad coincide con la ecúmene, en el mercado de la ciudad se encuentran todos los productos de la tierra, Roma ha dado leyes comunes a toda la tierra. El panegírico sostenía, a pesar de la inadecuación entre la realidad y la propaganda, la plena identidad entre el dominio romano y la tierra⁵⁴. A lo largo de todo el discurso se mantuvo la argumentación

52. D. C., LVI 33, 5 ofrece una explicación para la disposición testamentaria de Augusto similar a la que Adriano encontró en Catón: «Les aconsejó que se sintieran satisfechos con los actuales dominios de Roma y que de ningún modo concibieran el deseo de engrandecer aún más el Imperio. Pues sentenció que sería más difícil de defender y, por esa misma razón, se correría el riesgo de perder lo que ya se poseía».

53. SYME, R.: *Tacitus*. Oxford, 1958, pp. 492-503.

54. ARISTID., XXVI 9.

salvo en tres pasajes, de gran importancia por el tono discordante de las noticias, aunque suavizadas con la mejor de las retóricas:

Nada se os escapa, ni una ciudad, ni un pueblo, ni un puerto, ni una región, salvo si considerasteis, tal vez, alguna de éstas como inútil, πλὴν εἴ τινων ἄρα ἀχρηστίαν κατέγνωτε (XXVI 28).

Pero si en alguna parte de la frontera se traba combate a consecuencia de la locura de los getas, o del infortunio de los libios, o de la demencia de aquellos que viven en las cercanías del Mar Rojo, pueblos que son incapaces de hacer uso de los bienes que poseen, ἀγαθοῖς παροῦσι χρῆσασθαι μὴ δυναμένων, ... (XXVI 70).

Así, aquellos que viven fuera de vuestra hegemonía, si es que hay alguien, sólo son merecedores de compasión por haber sido privados de tales bienes, ὥστε μόνους ἄξιον εἶναι κατοικτεῖραι τοὺς ἔξω τῆς ἡμετέρας, εἴ τινες πού εἰσιν ἄρα, ἡγεμονίας, οἷων ἀγαθῶν στέρονται (XXVI 99).

Y así, aunque «toda la ecúmene se ha despojado de su antiguo atavío, el de hierro, y se ha vuelto hacia la belleza y hacia todos los placeres con plena libertad» (XXVI 97), quedaban territorios y pueblos dignos de conmiseración por haber sido excluidos, dada su escasa valía y carácter despreciable, de esta fiesta de paz y prosperidad.

La imagen del Imperio con respecto a la ecúmene había cambiado. En lugar de ser un imperio que tanto pretendía alcanzar la plena identidad con la tierra habitada que casi podría decirse que la había conseguido, en lugar de presentar un imperio en expansión hacia Oriente para asumir definitivamente la herencia de Alejandro, se ofrecía ahora el retrato de un territorio cerrado sobre sí mismo. Las murallas se levantaron alrededor del Imperio y no en la ciudad, coincidiendo con los límites retóricos del Mundo: Etiopía, el Fasis, el Eufrates y, en Occidente, «la gran isla», es decir, la Gran Bretaña. «Tras trazar un círculo muy bien curvado y muy fácil de guardar, allí, habéis levantado las murallas y habéis construido ciudades fronterizas, [...], que habéis llenado de colonos, dotándolos de las provechosas artes y dotándolos de los otros adornos» (81). La hipérbole servía para describir el Imperio tras labor de Adriano en las fronteras. Se ha discutido mucho del sentido de las fortificaciones adrianeas, no sólo el muro en Britania sino también las estructuras equivalentes en Germania y África. La *Historia Augusta* conserva una explicación para todas estas obras, quizás tomada de la propia autobiografía del emperador: «*Murumque [...] duxit, qui barbaros Romanosque divideret*, y trazó un muro para que separara a los romanos y a los bárbaros» (HA, Hadr. 11, 2). El muro no estaba destinado a marcar una línea divisoria preexistente entre bárbaros y romanos; era un instrumento para la romanización de quienes quedaban dentro de su círculo⁵⁵. Posiblemente esta decisión implicaba la romanización de aquellos que vivieran dentro de estas fronteras artificiales, con la creación y desarrollo de ciudades, tal y como Aristides afirmaba. De esta forma se producía la asociación entre acción política y romanización, es decir, y aculturación, que es uno de los rasgos más característicos del devenir histórico de Roma y que lo diferencia del proceso de difusión cultural griego. Ahora adquiriría pleno sentido la nueva división del género humano, aquella que se establecía entre los que están dentro del Imperio, formada por griegos

55. BIRLEY, E.: «Hadrianic frontier Policy», en SWODOBA, E. (ed.): *Carnuntina*. Graz-Cologne, 1956, pp. 25-33, esp. 27-28.

y bárbaros igualmente, y aquellos que quedaban fuera de él, a los que no había necesidad alguna de citar (XXVI 59-60). Se comprende así esa serie numismática en la que se ve al emperador de pie levantando a una figura femenina que aparecía de rodillas y con el globo en la mano. El lema que acompañaba a la imagen era explícito: *Restitutori orbis terrarum*⁵⁶.

Pero seguía quedando una cuestión por zanjar, la cuestión griega. Si la guerra pártica se había hecho con la intención de vengar definitivamente a los griegos y de recuperar el legado alejandrino más allá del Eufrates, ahora se renunciaba a ese proyecto. Era necesario encontrarle una justificación ideológica. El clima intelectual era propicio; era el tiempo en que la corriente aticista imponía en sus prácticas más exageradas, era el momento en que la exaltación del s. V, con la memoria del enfrentamiento contra el persa, y del s. IV, con el vivo recuerdo de la lucha contra Macedonia, podían ofrecer los argumentos para justificar la decisión. La recuperación del pasado griego como instrumento del dominio social de la oligarquía dentro de sus ciudades y como fuente de prestigio frente a Roma estaba alcanzando su cenit⁵⁷. Y a la vez que esto ocurría, se definía con miras más estrechas ese mismo pasado griego. Ya no se trataba del mundo que a Plutarco, apenas una década antes, podía interesarle; por supuesto se estaba muy lejos de Estrabón o Polibio. Ni los reyes helenísticos ni los territorios de reciente helenización interesaban. Sólo la Grecia «clásica», tal y como podía leerse y aprenderse en las escuelas, merecía atención: Atenas, el dialecto ático, Platón y los oradores del s. IV. Además, el aspecto genético de la identidad griega se erigía en criterio de exclusividad. La filiación con la madre patria, con las grandes ciudades de la Grecia europea de otro tiempo, se convertía en criterio de admisión⁵⁸. El emperador hizo suya la idea fijando en Atenas la capital de la nueva liga de los griegos, el *Panhellenion*⁵⁹; Herodes Ático encontró perdido en las llanuras del Ática al indocto pero, a la vez, mejor representante de la más pura e incontaminada dicción aticista⁶⁰. Aportaba así el mito fundacional, aunque *a posteriori*, de la Segunda Sofística.

Debía rechazarse el pasado helenístico. El mundo que nació con la conquista de Alejandro era un mundo pseudogriego, que pervertía las verdaderas esencias que ahora con Roma se recuperaban. Aristides, en el Panatenaico, lo recordaba así para terminar con el relato de la historia de la ciudad:

Filipo miraba con desprecio, ὑπερεῖδεν, a algunos griegos mientras que a otros los convecía para que colaboraran con él con promesas y regalos. Pero la ciudad se mantuvo en guerra desde el principio, como si estuviera cumpliendo con un fin necesario. Mientras fue capaz, alejó a unos y fue para otros como una patria; se preocupó por todos como una madre lo hace por sus hijos; ella sola preservó el estandarte de la Hélade, μόνη δὲ τὸ σύμβολον τῆς Ἑλλάδος διετήρησεν, y sirvió de amparo a las opresivas desgracias. Pero cuando decayó su capacidad de acción, nada fue obstáculo para Filippo, manifestándose con claridad que las victorias de la ciudad fueron las victorias de los griegos y que los reverses de la ciudad lo fueron de todos los griegos (314-315).

56. BMC III, n.º 1211.

57. SWAIN, S.: *Hellenism and Empire*. Oxford, 1996, pp. 65-100.

58. ROMEO, I.: «The Panhellenion and ethnic Identity in Hadrianic Greece», *CPh*, 97, 2002, pp. 21-40.

59. SPAWFORTH, A. J. y WALKER, S.: «The World of the Panhellenion, I-II», *JRS*, 75, 1985, pp. 78-104; 76, 1986, pp. 88-105. JONES, C. P.: «The Panhellenion», *Chiron*, 26, 1996, pp. 29-56. SPAWFORTH, A. J.: «The Panhellenion again», *Chiron*, 29, 1999, pp. 339-352.

60. Se trata de Agatión, al que también llamaban Heracles. FILÓSTR., *V.S.* 552-3. La exaltación de la lengua ática: ARISTID., I 322-330.

De todo ese largo período Alejandro era la única figura que podía salvarse. La razón no era otra que el hecho de servir de modelo a los propios emperadores romanos, aunque ni Adriano ni Antonio Pío los adoptaran como tal. Pero, desde luego, sus sucesores no merecían sino el desprecio y el olvido.

Quando aquel murió (Alejandro), al punto los macedonios se dividieron en innumerables bandos, mostrando con su acción que el imperio les superaba... eran desterrados que habían llegado a ser reyes no por el Gran Rey sino por ellos mismos, pero no siendo en realidad, si me es lícito decirlo, sino sátrapas privados de rey (XXVI 27).

Para algunos el germen del mal estuvo en la actitud del propio Alejandro en los últimos momentos de su vida, cuando pensaba en la igualación de macedonios y persas, tal y como recuerda Arriano (*Anab.* VII 11, 9). El resultado no fue, para Aristides, que los persas acabaran asumiendo la cultura griega sino la conversión de los macedonios en sátrapas sin rey, en detentadores ilegales de un poder que no les pertenecía. «Y en verdad, ¿a qué diremos que esta situación se parece más, al bandidaje o a la monarquía?» (XXVI 27). En esta apreciación del falso poder de los reyes helenísticos Aristides se aproximaba a la perspectiva romana, reinterpretando así la historia griega a la luz de los intereses políticos de Roma. Es difícil saber si, de nuevo, Suetonio está dando una noticia cierta sobre Augusto, está inventando en favor de esta idea o está haciendo ambas cosas al servicio de su emperador, pero cuando relata la visita de Augusto a la tumba de Adriano y al mausoleo de los Ptolomeos, el vencedor, a la pregunta de los cortesanos de si deseaba visitar este último monumento, contestó: *Regem se noluisse uidere, non mortuos*⁶¹.

El problema que ofrecía esta lectura del pasado era ubicar correctamente la herencia del propio conquistador. Aristides de nuevo trabaja para ofrecer una respuesta convincente. Alejandro «más se asemejó a quien adquiere un reino que a quien reina auténticamente». Ningún legado dejó, ni leyes, ni administraciones, ni decisiones políticas, salvo una única herencia: Alejandría. «Dejó una única obra como recuerdo digno de su propia naturaleza, la ciudad que lleva su nombre junto a Egipto. Haciendo bien, la fundó para vosotros, ΤΑΥΤΗΝ Εὔπολιών ὑμῖν ὄκισεν, para que también tuvierais y fuerais los dueños de la mayor ciudad que existe después de la vuestra» (XXVI 26). De esta forma, Roma se convertía en la verdadera y legítima heredera de Alejandro y podía renunciar a ese falso legado que se situaba al otro lado del Eufrates. La verdadera Grecia era aquella que se recobraba, que prosperaba y se identificaba con el propio Imperio romano.

Un último aspecto de este largo retruécano me interesa destacar. Esta estrecha concepción del helenismo romano, que triunfó con la Segunda Sofística, se construyó, entre otras razones y como ya se ha visto, como soporte de un imperio contenido en sus fronteras que renunciaba a la expansión hacia el Oriente. Pero las implicaciones de esa misma concepción superaban los límites de la acción militar romana y se extendían a todos los campos de la relación entre el poder imperial y sus súbditos griegos. Es evidente que la participación plena en el mito de la «Grecia Clásica» proporcionaba a las ciudades y, sobre todo, a sus oligarquías una vinculación especial con el emperador que se traducía en dinero, prestigio y

61. SUET., *Aug.* 18, 1. De nuevo Dion Casio ofrece el paralelo, LI 16, 5, quizás demostrando así cierta dependencia en las fuentes.

poder. Por todo eso, la participación en ese pasado y en los beneficios que podía generar se convirtieron en motivo de rivalidad ciudadana. Existe un ejemplo elocuente que debería ser leído a la luz de lo que ya se ha dicho aquí. Durante el reinado de Antonino Pío en la ciudad de Cirene se editaron algunos documentos relacionados con el estatuto político de la ciudad y privilegios anexos. Los primeros son dos cartas del emperador Adriano; la primera estaba dirigida a la propia ciudad de Cirene y la segunda tenía como destinatario el arconte del Panhelenion⁶². Se ponía, así, fin a la disputa entre Cirene y la vecina ciudad de Barca por la representación en el Panhelenion, una representación que parece estar vinculada no sólo con las ciudades que eran miembros de la asociación sino también con los *koina* regionales de los que formaban parte. El derecho a formar parte de la asociación no se discutía para la ciudad de Cirene, puesto que se la reconocía como miembro de un γένος Ἀχαιὸν καὶ ἀκρειβῶς Δῶριον, de un «linaje aqueo y, en pureza, dorio». No deja de causar algunos problemas de interpretación la fusión de estas dos stirpes diversas en la misma ciudad, pero quizás deba leerse a la luz de la recuperación del pasado espartano y de la sorprendente afirmación del rey Cleómenes, quien se describió a sí mismo como aqueo y no como dorio⁶³. Pero más importante para el argumento actual son los términos con los que se describe a la otra ciudad, Barca, conceptos que se utilizan para disminuir sus pretensiones de representación en la Liga de todos los griegos. El pasaje completo donde se recoge la resolución de la disputa reza así:

[τοὺς Πτολεμαέας Βαρκαίους τὸ Πανελλήνιον.] | δέχεσθαι δεῖ· οὐ μέντοι δίκαια ἀξιούσιν τῶν αὐτῶν ἐφιέμενοι ὡνπερ οἱ Κυρηναῖοι, οἷς ἐστὶ τὸ γένος Ἀχαιὸν καὶ ἀκρειβῶς Δῶριον. αὐτοὶ δὲ ἰθαγενεῖς Ἕλληνές εἰσιν, Πτολεμαέων δὲ | προσεκλήσαντο τὴν προσηγορίαν ἀπὸ τοῦ ἐπικρατοῦντος ζῆτος γῆς? τοὺς Μακεδόνας μετονομάσαι τὴν πόλιν· Κυρηναίων δὲ δύο συνέδρους πεμπόντων [Βαρκαίου ἓνα μόνον πέμψαι δοκεῖ].

La ciudad de Ptolemais-Barca debe ser admitida en el Panhelenion. No obstante, ellos no hacen una reclamación conforme a derecho cuando aspiraban a los mismos privilegios de los que disfrutaban los cireneos, cuyo linaje es aqueo y, en pureza, dorio. Ellos son legítimamente griegos, pero adquirieron la denominación de Ptolemais porque los macedonios, cuando dominaban la tierra (?), le dieron un nuevo nombre a la ciudad. Así, mientras que los cireneos envían dos consejeros, se determina que Barca envíe uno sólo.

Es cierto que el término ἰθαγενεῖς ha ofrecido algunas dificultades de interpretación, pero ahora su sentido parece claro, «hijo legítimo», y por tanto, en este contexto, «legítimamente griego»⁶⁴. Una esencia plenamente griega corrompida por la acción macedónica, que

62. El texto fue publicado por primera vez por FRASER, P. M.: «Hadrian and Cyrene», *JRS*, 40, 1959, pp. 77-87. Nuevos fragmentos, que mejoraron su comprensión, se publicaron por REYNOLDS, J.: «Hadrian, Antoninus Pius and the Cyrenaican Cities», *JRS*, 68, 1978, pp. 111-121. Aportaciones posteriores se recogen en OLIVER, J. H.: *Greek Constitutions*. Philadelphia, 1989, n.º 120.

63. HERÓD., V 72.

64. Los primeros editores interpretaban ἰθαγενεῖς como «indígena», es decir, libio y no griego. Consideraban que éste era el motivo por el que la ciudad de Barca estaba excluida de la Liga. Pero es evidente que forma parte del Panhelenion. Además, el sentido propio del término es el de «hijo legítimo» (LIDELL-SCOTT, *s.v.*), lo que justifica el suplemento de helenos. JONES, C. P.: «The Panhellenion», *Chiron*, 26, 1996, pp. 51-52.

con el nuevo nombre marcaba la mezcolanza de las razas y la pérdida de la condición griega. Que ésta es la interpretación correcta lo corrobora el caso de Mantinea:

Diez generaciones después fue emperador Adriano, quien quitó a los de Mantinea el nombre que les había venido de Macedonia y les concedió de nuevo que su ciudad fuera llamada Mantinea (Paus., VIII 8, 12).

Y así la ciudad perdió su nombre de Antígono y recuperó su identidad clásica. De nuevo es Aristides quien sentencia:

Pues si bien nadie ambicionaría tener por patria a Pela y Egas, Πέλλα μὲν γὰρ οὐδεὶς ἂν φιλοτιμῶιτο πατρίδι οὐδὲ Αἰγαῖς, no hay griego que no pida ser ateniense antes que ciudadano de la ciudad a la que pertenezca (I 334).

Por ahora, la herencia del conquistador estaba enterrada; el mundo romano se concebía como una entidad cerrada dentro de la que debería procederse a la transformación de los pueblos bárbaros; la visión más estrecha del helenismo se identificaba con el dominio imperial. Sólo se podía ser griego dentro del Imperio. Al otro lado del Eufrates no quedaba nada digno de consideración, ningún signo de civilización. De nuevo el pensamiento y, sobre todo, la retórica griega venían en auxilio de sus nuevos dueños. Se consumaba así una nueva fase de «la invención griega de la ecúmene romana». Ahora se abandonaba a los pueblos que vivían allende las fronteras, aquellos que habían nacido de la acción de Alejandro. Mejor sería olvidarlos..., aunque la fantasía clasicista no pudo borrar la realidad.